

## CONSEJO DE REDACCION

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebecca Obligado, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Dra. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), P. Sergio Schmidt (Mendoza), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata).

*Director y editor responsable:* P. Dr. Alberto Espezel

*Secretaria de redacción:* Prof. Cristina Corti Maderna

# COMMUNIO

|                                |    |  |
|--------------------------------|----|--|
| <i>El pecado original</i>      | 3  |  |
| <i>Karl Kertelge</i>           | 5  | <b>El pecado de Adán a la luz de la obra redentora de Cristo según Rm 5, 12-21</b> |
| <i>Siegfried Wiedenhofer</i>   | 17 | <b>Principales formas de la teología actual sobre el pecado original</b>           |
| <i>Christoph von Schönborn</i> | 33 | <b>Esbozo de la doctrina cristiana del pecado original</b>                         |
| <i>Luis M. Baliña (h.)</i>     | 55 | <b>¿Qué opina un pre cristiano sobre el estado de naturaleza caída?</b>            |
| <i>Peter Henrici</i>           | 61 | <b>Los filósofos y el pecado original</b>  |
| <i>Virginia Azcuay</i>         | 73 | <b>Teresa de Lisieux: una existencia teológica femenina</b>                        |
| <i>W. Norris Clarke</i>        | 87 | <b>Respuesta a los comentarios de David Schindler</b>                              |

# Teresa de Lisieux: una existencia teológica femenina

por Virginia Azcuay\*

Sin ser teóloga, es propuesta para doctora de la Iglesia; una mujer que en sus pocos años de vida ha concentrado una intensidad cristiana tal como pocos han conocido. Su existencia se ofrece como palabra teológica: Teresa ha encarnado el corazón del niño evangélico y por este camino ha llegado a ser el Amor en el corazón de la Iglesia. Una niña que deviene madre, pero que quiere “permanecer pequeña” —como repite siempre—. Una virgen que no cesa de hablar de la ternura del amor esponsal de Jesús. La carmelita francesa que, desde su vida oculta, habla a los hombres de todos los tiempos, de todos los lugares y de todas las culturas; y que, desde el cielo, continúa haciéndose solidaria afectivamente con las esperanzas y las luchas de los que peregrinan en esta historia.

Yves Congar, al ser consultado por Guy Gaucher, afirma que no hay duda que Teresa del Niño Jesús pueda ser nombrada Doctora de la Iglesia<sup>1</sup>. Se trata del segundo intento de promover su doctorado, que será seguramente exitoso esta vez. El primer pedido de proclamación es presentado siete años después de su canonización (1932) y es rechazado porque Teresa es mujer<sup>2</sup>; esta objeción tiene actualmente un doble significado: en primer lugar, excluye el antecedente de una objeción doctrinal a la proposición; y, segundo, pone de relieve su ser femenino convirtiéndolo, como no podía ser hoy de otra manera, en un aspecto a favor de su causa doctoral.

Teresa no ha estudiado teología, tampoco la ha enseñado públicamente al modo como lo hace un profesor universitario; sin embargo hay en ella una teología viva para su tiempo, no sólo en sus escritos, sino en su misma persona. Su programa joánico de “vivir en la verdad” hace de

\* Virginia Azcuay, licenciada en Teología en la UCA, prepara un doctorado sobre la Teología de Sta. Teresa de Lisieux en Tübingen.

<sup>1</sup> *Lettre du Père Yves Congar à Mgr. Gaucher*, 17 de junio de 1989, en Doc Cath 73, t. 88 (1991) 1086. Congar se refiere en esta carta brevemente a las tres condiciones requeridas para llegar a ser Doctor de la Iglesia: 1. la ortodoxia y excelencia de la doctrina; 2. la santidad de vida; 3. la aprobación del magisterio, especialmente el del pasado. El 19 de abril de 1991 el *Capítulo General de los Carmelitas descalzos* pide al Papa que la santa sea declarada doctora de la Iglesia; a partir de esa fecha, son quince las conferencias episcopales que han adherido al pedido.

<sup>2</sup> Cfr. Droulers, s. J., *Le Doctorat de Sainte Thérèse de Lissieux propose en 1932*, en Eph Car 24 (1973) 86-129. El mismo Pío XI ha rechazado ya en 1923 el doctorado de Teresa de Avila por la misma razón; la misma, junto a Catalina de Siena, es reconocida doctora en 1970 por Pablo VI.

su misma vida una “verdad existencial”. Una “existencia teológica”<sup>3</sup>. Su modo de “hacer teología” no se asemeja al de Tomás de Aquino que escribe una extraordinaria suma de la teología; ella vive teologalmente y despliega una “ciencia” a través de su experiencia. La puesta por escrito viene más tarde, como informe de su “ciencia experimental”, cuando descubre el “caminito”, mensaje contenido en su itinerario. A ella puede aplicarse el comienzo de la primera carta de Juan porque comunica lo que ha oído, lo que ha visto con sus ojos, lo que ha contemplado y han tocado sus manos acerca de Cristo (1 Jn 1, 1-2), con la peculiaridad de que ella misma y su experiencia forman parte del testimonio: “por mí tú te inmolaste”, “por mí vives oculto en una hostia” (PN 31,1; 17,3).<sup>4</sup>

La propuesta de este artículo no es exponer la teología de Teresa como quien trata de reconstruir una “dogmática implícita” inspirándose en sus escritos. Una “existencia teológica” no es lo mismo que un texto escrito; aunque en él pueda expresarse, lo desborda y lo supera. La comprensión teológica de la vida del santo implica situarse frente a su persona para captar su totalidad, su centro, su figura. Philipon y, con él, von Balthasar lo han entendido como un “mirar con la mirada de Dios”<sup>5</sup>, que quiere decir, tratar de comprender el designio de Dios sobre el santo, la misión que ha recibido del Espíritu Santo para su tiempo. En definitiva, como ha formulado recientemente Wollbold<sup>6</sup>, la pregunta que nos desafía y que no puede responderse definitivamente es “¿quién es Teresa?”.

## 1. ¿Un lenguaje para confundir a los sabios y prudentes?

Muchos encuentran en el lenguaje de Teresa una barrera infranqueable: hallándolo demasiado pobre e “infantil”, concluyen que se trata de un camino fácil, sólo apto para personalidades débiles. Una aproximación más profunda revela, en cambio, que para llegar al corazón de Teresa es preciso pasar por la “puerta estrecha” de su lenguaje.

<sup>3</sup> Von Balthasar, *Teresa de Lisieux, Historia de una misión*, Barcelona, Herder, 1989, 3ª ed., Von Balthasar ha insistido en la inseparabilidad entre teología y santidad señalando al santo como lugar teológico privilegiado. Cfr. “Teología y santidad”, en *Verbum Caro*, Madrid, Guadarrama, 1964, 235-268; e *Historia de una misión*, 21-23.

<sup>4</sup> Los textos de la santa son citados siguiendo el texto francés de la edición crítica en un solo volumen: Sainte Thérèse de l'Enfant-Jésus et de la Sainte-Face, *Oeuvres complètes (Textes et Dernières Paroles)*, France, Editions du Cerf et Desclée de Brouwer, 1992); para la traducción castellana del texto, se ha tenido en cuenta la versión de fr. Emeterio Setien en la edición de “Monte Carmelo”, Archivo Silveriano, *Teresa de Lissieux, Obras completas*. Las siglas utilizadas son: MsA (manuscrito A); MsB (manuscrito B); MsC (manuscrito C); PN (poesías); Pri (oraciones); RP (recreaciones piadosas); LT (cartas); DE (últimas conversaciones).

<sup>5</sup> Philipon, *Sainte Thérèse, une voie toute nouvelle*. Desclée de Brouwer, 1946, 6-15, von Balthasar, *Historia de una misión*, 15-36.

<sup>6</sup> A. Wollbold, *Therese von Lissieux, Eine mystagogische Deutung ihrer Biographie*, Würzburg, 1994, 98.

Esta pobreza es, sin embargo, una cuestión principal, de coherencia. El entorno que la rodea es reducido, su mundo se circunscribe a su ámbito familiar y de monasterio. Por otra parte, Teresa escribe sus manuscritos entre los veintidós y los veinticuatro años, período que coincide con la emergencia de la tuberculosis que ya ha comenzado a destruirla, y en el que sus únicas lecturas son, prácticamente, el Nuevo Testamento y *La Imitación* de Kempis (MsA, 83r). Lo decisivo está en que Teresa construye su camino de santidad a partir de una experiencia existencial de insuficiencia, de debilidad y de pequeñez; su lenguaje es parte integrante de su mensaje y no le impedirá pronunciarlo para todos los hombres. Además, ¿hubiera alcanzado la difusión y popularidad que tiene si no fuera por su sencillez? Su pobreza literaria no debe ser considerada como un defecto, sino como la cualidad que hace posible la acción y la manifestación de Dios.

Su confrontación con la Palabra, una vez que ha descubierto su misión, es denominada por Balthasar como su “método existencial” frente a la Escritura<sup>7</sup> y deviene un modo de cualificar la expresión sobre su experiencia. Sus tres modos de citación del texto bíblico: 1. referencia a sí misma y la circunstancia; 2. referencia al “caminito”; y 3. para desarrollo de su pensamiento, revelan que se ha dejado iluminar por la Palabra y que, por eso, ha encontrado en ella el instrumento más apto para expresarse con mayor exactitud. Bastaría, como comprobación de esta tesis, examinar el significado que tienen en su vida cinco textos bíblicos: Prov 9,4 e Is 66,13 que juntos le ofrecen la imagen del pequeño que es invitado a recibir la ternura y misericordia de Dios, símbolo de su caminito; 1Cor 12-13 que le ayuda a comprender y a descubrir la función del amor en el cuerpo de Cristo; por último, su comentario combinado de Jn 17 y Ct 1,3 en el que la eficacia de la caridad asume la forma específica de la oración de Cristo.

Además de su recurso a la Escritura, Teresa recurre a la oración motivada por la experiencia de su incapacidad personal (MsA, 2r) y también la oración “recurre” a ella, es decir, aflora mientras ella escribe interrumpiendo su discurso pero, a la vez, iluminándolo de un modo definitivo. La oración, lugar privilegiado de revelación, es elegido por ella cuando se le pide que hable de su “pequeña doctrina” (MsB, 1v); también el teólogo podrá recoger de sus oraciones los rasgos más puros de la obra de Dios en su alma. Se advierte, además, la presencia de diversos simbolismos e incluso, a veces, de pequeñas parábolas como, por ejemplo, la del pajarillo y el águila (MsB, 4v-5v). Simbólica de inspiración preferentemente escriturística, le ayuda a expresar el amor esponsal de Jesús y la acción de este amor, en los símbolos del agua y del fuego, evocando simultáneamente al Espíritu Santo. Su pequeñez se expresa en el símbolo del niño, con frecuencia en brazos, pero también en otras imágenes como la “pelotita” o la flor.

<sup>7</sup> Von Balthasar, *Historia de una misión*, 79ss.

## 2. Toda su vida una Niña en los brazos de Dios

“...no necesito crecer, al contrario, he de permanecer *pequeña*, em-  
pequeñecerme cada vez más.” (MsC, 3r)

*La Historia de un alma*<sup>8</sup> es la historia del Amor de Dios que la “amó primero” (1Jn 4,10. 19) y la eligió encendiendo en ella el deseo del amor. Es también *la Historia primaveral de una florecilla blanca*, título de su primer manuscrito: la historia de una santa “pequeña”, de un niño ante quien Dios se abaja mostrando su grandeza infinita (MsA, 2v-3r). Un doble movimiento atraviesa toda la existencia de Teresa: el Amor que condesciende encontrando su pequeñez y encendiendo su respuesta; y su ofrenda personal que pide “prestado” el mismo amor infinito de Cristo para corresponder al amor divino.<sup>9</sup>

Los manuscritos nacen de un pedido de Inés de Jesús, al escuchar a Teresa relatar sus recuerdos de infancia. Este hecho que podría parecer “fortuito” es, sin embargo, profundamente providencial porque los relatos de la infancia no hablan simplemente de anécdotas infantiles, sino del ámbito que conforma y configura a Teresa como “niño evangélico”. Von Balthasar ha captado esto con especial percepción: “Teresa da realidad, en lo sobrenatural, sólo a aquello que en alguna manera ha vivido en lo natural. Nada ha experimentado más íntima y poderosamente que el amor del padre y de la madre. De aquí que su imagen de Dios está determinada por el amor filial.”<sup>10</sup> De este modo, “sus recuerdos de infancia” (MsC, 1v) ofrecen germinal y sintéticamente los rasgos de su experiencia teológica.

Teresa declara que en la Navidad de 1886 ha recibido “la gracia de salir de la infancia”, la hora de dejar de lado “los defectos de la infancia” (MsA, 45) vinculados, sin duda, a la pérdida temprana de su madre: básicamente, afectividad inmadura, siempre necesitada de protección, y una hipersensibilidad tal que la hace excesivamente frágil y llorona. Esta gracia no debe entenderse como un abandono definitivo de la infancia sino, precisamente, como el comienzo de su infancia espiritual. Experiencia humana y vivencia de lo religioso se desarrollan en continuidad y unidad, expresión clara de esto es la “Carta de Invitación de Bodas” que escribe para su profesión<sup>11</sup>: sin conformarse con proponer a Dios todopo-

<sup>8</sup> Nombre de la primera edición de los manuscritos publicada en 1898.

<sup>9</sup> Cfr. PN 28,2; 31,1. No es otra cosa que la dinámica propia de la revelación: comunicación amorosa de Dios en su Palabra y respuesta humana a través del culto; en la existencia de Teresa, se manifestará, de modo singular, la misericordia y gratuidad del amor de Dios y el aspecto oblativo cristiano (Ef 5, 1-2; 1Jn 3,16).

<sup>10</sup> Von Balthasar, *Historia de una misión*, 126. La experiencia familiar es fundamental en la configuración de su mundo espiritual, donde hallará su plenitud: ¿un segundo rasgo del “método existencial” de Teresa?

<sup>11</sup> Ocho días después de su toma de velo, Teresa recibe la confirmación del casamiento de su prima Juana Guérin y medita sobre sus deberes como esposa; como la expresión es uno

deroso y a la Virgen María como quienes participan su boda, presenta también a sus padres comunicando el casamiento, el sugere paralelismo es remarcado por la escritura en dos columnas.

La intensidad de su vivencia, unida a la delicada sensibilidad y a su fuerte capacidad autorreflexiva, le permite recordar los primeros años de su vida de un modo que no es usual (cfr. MsA, 4v). Su meditación sobre el misterio de la infancia ha sido fecundada por dos realidades concretas: las dos niñas recogidas por la familia Martin y sus cuatro hermanitos muertos antes que ella naciera<sup>12</sup>. El primer hecho es ocasional, pero ofrece a Teresa la posibilidad de “contemplar de cerca almas de niños” (MsA, 52v); es casi seguro que ella, la última hija de los Martin, ha aprendido lo que es un niño en su contacto con estas dos criaturas e incluso, es fácil imaginarlo, ha “conocido” a sus hermanitos muertos a través de ellas ¿cómo podría, si no, hablar tan claramente de las “virtudes infantiles” que ve en ellos? Teresa ha estado a cargo del cuidado de estas niñas, ha observado su candor y, desde su responsabilidad maternal, ha reflexionado acerca de lo que Dios pide a las almas desde la niñez y de la importancia educativa en esta etapa (cfr. MsA, 53r).

Sobre sus hermanitos, revela sus sentimientos más hondos en una poesía escrita espontáneamente. Ve en ellos la figura de los “santos inocentes” y acepta recibir en ellos “un modelo acabado” para su vida: “yo quiero en la tierra ser vuestra imagen, niños míos pequeñitos. Ayúdame a conseguir las virtudes de la infancia: me encanta vuestro candor, vuestro abandono perfecto y vuestra amable inocencia cautivan mi corazón.” (PN 44, 1.8) La muerte temprana de su madre y la de estos cuatro niños determinan en su infancia una experiencia muy cercana del cielo y sus habitantes; sus cuatro hermanitos, a quienes sólo puede conocer en su acercamiento al cielo, constituyen para ella una iniciación al misterio de la Iglesia y a la comunión de los santos, sabe que puede esperar ayuda de ellos y aprende a pedir su intercesión.

La devoción al Niño Jesús, que no puede separarse de su preferencia por la Faz humillada de su Amado, completa la meditación que la santa hace sobre la infancia. Una estampa —que Teresa conserva— orienta nuestra comprensión: su texto parafrasea las palabras de San Bernardo “¿Jesús, quién te ha hecho tan pequeño? —¡El Amor!”<sup>13</sup>. El motivo de

---

de sus tonos característicos, compondrá una carta de invitación de Bodas a partir de la que ha recibido de su prima (cfr. MsA, VIII, 77r-v).

<sup>12</sup> Este es un hecho que deja huellas importantísimas en la configuración espiritual de la santa; es importante destacar que estas criaturas no mueren en el momento de nacer sino que han sido parte concreta y visible en la trama familiar (cfr. “Généalogie de Thérèse”, en *Oeuvres Complètes*, 1477-1478).

<sup>13</sup> En efecto, Bernardo de Claraval ha escrito en su Tratado de la caridad (cap. VI): “El más grande de todos los seres ha devenido el más pequeño. ¿Quién ha hecho este prodigio? ¡El Amor!, citado por Descouvemont-Loose, *Thérèse et Lissieux, L'Enfance de Thérèse, son univers à Lissieux et en Normandie*, Novalis, du Cerf, 1991, 134 (valiosa recopilación y comentario de seiscientos documentos y fotos).

contemplación es “El Verbo hecho Infante” (RP 2; 5,5) y, en él, medita el abajamiento del amor hasta la pequeñez, porque ha descubierto que lo propio del amor es abajarse (MsA, 2v; MsB, 3v). Una segunda estampa del Niño que lleva la inscripción “el pesebre, primer altar del sacrificio”<sup>14</sup>, testimonia el entrecruzamiento devocional de los misterios de la Encarnación y la Pasión. Teresa, que con frecuencia observa simultáneamente los distintos misterios del Verbo encarnado, revela, en el conjunto, su predilección por el rostro sufriente de Jesús y su ocultamiento en la Eucaristía: “...he aquí a este Verbo hecho Hostia, eterno Sacerdote, sacerdotal Cordero. El que es Hijo de Dios es Hijo de María...” (PN 1,5).

Su modo peculiar de visualizar a Jesús Niño tiene que ver con su vida, le llama “pequeño Jesús”<sup>15</sup>, en evidente correspondencia con su “pequeña vía” o “caminito”. El “pequeño Jesús” le enseña el abandono, para que ella llegue a ser la “toda pequeña”<sup>16</sup>. Este modo personal de la devoción, se expresa también en otras imágenes; una, del todo significativa, muestra el camino de disponibilidad que Teresa recorre: “Desde hacía algún tiempo yo me había ofrecido al Niño Jesús para ser su *juguete*... una pelotita sin ningún valor a la que él podía tirar al suelo, pegar con el pie, *agujerear*, abandonar en un rincón, o bien estrechar contra su corazón...” (MsA, 64r). En la elección de su nombre (MsA, 31v) y en el “dote” recibido de su Divino Esposo para su profesión (MsA, 77v), hace visible su voluntad de unirse a Jesús en el misterio de su Infancia; mientras el misterio de la Pasión completará su nombre: “de la Santa Faz”<sup>17</sup>.

El símbolo del niño en la explicación de su “caminito” no puede dissociarse del descubrimiento de los pasajes de Prov 9,4 e Is 66,13, esto recién ocurrirá en el último período de su vida<sup>18</sup>. En estos textos, el tema de la pequeñez hasta entonces entendido principalmente como debilidad

<sup>14</sup> Ibid., 158. Se trata de una imagen que ha inspirado a Teresa en la composición de una pintura al óleo; no ha seguido totalmente el modelo, sino que ha preferido representar al Niño con los ojos bajos, como los de la Santa Faz. En este detalle, aparentemente insignificante, se verifica cómo la devoción al Dios hecho Niño la conduce de modo directo a la Santa Faz; aspecto sin duda favorecido por la forma devocional de la época que pone el acento en la humillación hasta la muerte, y en lo oculto y escondido de Jesús.

<sup>15</sup> Cfr. MsA, 31r; 31v; 52v; 68r; 72v; 77r; 82v; 85v; cabe destacar que el uso de este nombre es preferido en el primer manuscrito que relata los “recuerdos de infancia” de Teresa.

<sup>16</sup> Así se llamará a sí misma a partir del descubrimiento del texto de Prov 9,4 en la siguiente versión: “Si quelqu’un est tout petit...”, cfr. de Meester, op. cit., 79ss.

<sup>17</sup> Es en el Carmelo, en el tiempo de la enfermedad mental de su padre, cuando Teresa adhiere más íntimamente al misterio de la Pasión y cuando obtiene el permiso de añadir a su nombre el de la santa Faz. Su padre, que ha revelado a Teresa el misterio de la paternidad divina, le hace visible, ahora, al Hijo. Si bien la experiencia sponsal de Teresa es central, integra los rasgos que la huella familiar ha dejado en ella: “¡Encuentro en ti al más tierno de los Padres! Mi solo Amor, Jesús, Verbo Eterno. Para mí tu corazón es más que materno.” (PN 36,2).

<sup>18</sup> El estudio preciso y detallado de Meester ayuda a precisar el momento del descubrimiento del “caminito” entre fines de 1894 y principios de 1895, momento coincidente con el inicio del manuscrito A. Cfr. de Meester, *La Dynamique de la confiance. Genèse et structure de la “voie d’enfance spirituelle” chez Ste. Thérèse de Lissieux*; Paris, du Cerf, 1969,

y humildad, encuentra una nueva clave de comprensión y es la actitud de confianza en la Misericordia Divina. La imagen del pequeño que es invitado a acercarse (Prov) combinada con la imagen paterno-materna de Dios que lleva en sus brazos, acaricia en sus rodillas y consuela (Isaías), sobre el trasfondo de su propia infancia, le hace comprender el corazón misericordioso de Dios que desciende y busca al más pequeño.

Un último aspecto sobre la concepción del “niño teresiano” es su conexión a María, quien para ella es, precisamente, “la pequeña” ante quien Dios se abaja. La pequeñez de Teresa es receptiva del amor misericordioso de Dios, espera ser fecundada por este amor y, para ello, pide que Dios lo realice y sea todo en ella; en este sentido, expresa una actitud típicamente mariano-femenina.

“Comprendo que tu alma, humilde y dulce valle, contenga a mi Jesús, océano de amor... Imitándote a ti, permanecer pequeña es mi deseo...” (PN 54, 3.6)

Esta cualidad mariana de Teresa se manifiesta inicialmente en esta recepción filial-virginal del Amor que viene a su encuentro; como María, aprende a ser maternalmente fecunda como hija y a conservar su integridad filial como madre<sup>19</sup>. Es Teresa niña, hija de María e hija de la Iglesia (PN 54,5; MsB, 4r), la que en su recepción de Cristo deviene “*Carmelita, Esposa y Madre*”, los tres privilegios de su vocación femenina (MsB, 2v). Pero, como todo niño, no se conforma y lo quiere todo: espera la gracia de realizar, en el amor, “la vocación de GUERRERO, de SACERDOTE, de APOSTOL, de DOCTOR, de MARTIR.” (MsB, IX, 2v-3r). Todas y cada una de estas dimensiones se despliegan en su existencia femenina como respuesta al don recibido.

Finalmente, como María después de pronunciar su “Hágase”, con la certeza de lo ya obrado en ella, Teresa canta su Magnificat: “no voy a hacer otra cosa sino: Comenzar a cantar lo que he de repetir eternamente —“*¡¡¡Las Misericordias del Señor!!!*” (MsA, 2r).

### 3. La mujer mediadora y testigo del Amor de Cristo

“...es el amor lo único que me atrae... Para amaros como vos me amáis, necesito pedir prestado vuestro propio amor.” (MsA, 83r. C, 35r)

A la “gracia de Navidad” se ha seguido otra “gracia única” que despierta en Teresa su maternidad espiritual: la conversión de Pranzini, criminal condenado a muerte y arrepentido, por la oración de la pequeña de

73ss. Para una información pormenorizada sobre el descubrimiento, la evolución del “caminito” y la exégesis que Teresa hace de los textos, ver la misma obra.

<sup>19</sup> Von Balthasar, *Si no os hacéis como este niño...*, Barcelona, Herder, 1989, 89.



los Martin, antes de ser guillotinado (MsA, 45v46v). La salvación de su “primer hijo” —así lo llama (46v)— significa para ella la “señal de largada” para trabajar por la conversión de los pecadores. A través de una estampa de Cristo crucificado comprende que debe permanecer al pie de la cruz para recoger la sangre que luego dará a los pecadores (45v) y, también, que Jesús quiere darle almas por medio de la cruz (69v); entonces, como María, comienza su tarea de mediadora<sup>20</sup>.

Con ocasión de las bodas de oro de León XIII, se organiza una peregrinación a Roma en la cual, Teresa y Celina, participan con su padre. Durante este viaje, en contacto con diversos sacerdotes, descubre el valor de la oración y el sacrificio por ellos, ya que “...si su dignidad sublime les eleva..., no por eso dejan de ser hombres débiles y frágiles...: (MsA, 56r). Entonces, ha encontrado el camino de su vida religiosa y el motivo de su entrada al Carmelo: “salvar a las almas y, sobre todo, (a) rogar por los sacerdotes.” (MsA, 69v). La profesión religiosa, que es la “expresión más plena” de la consagración bautismal, y cuya alma es el amor de donación (Rm 12,1)<sup>21</sup>, ofrece a Teresa el estado en el cual ha de realizar su entrega sacerdotal<sup>22</sup>.

Su “Pasión” que ya, de algún modo, ha comenzado en su infancia<sup>23</sup> y en los primeros años de su vida religiosa (MsA, 69v), tiene lugar, formalmente, en el último período de su vida. La primera hemoptisis por causa de la tuberculosis<sup>24</sup>, el viernes santo de 1896 y, al mismo tiempo, la entrada en el “túnel”, metáfora que designa su prueba de fe (MsC, 4v-7v), configuran el escenario en el que Teresa lleva su entrega hasta el final mostrando su “carrera de gigante” (MsA, 44v).

En contraste con “las densas tinieblas” que Teresa padece en el túnel, su relato del hallazgo de su vocación es luminoso, un verdadero “manifiesto”<sup>25</sup>: “Comprendí que el Amor encerraba todas las vocaciones, que

<sup>20</sup> Lo que entiendo aquí por función mediadora es la participación en el sacrificio de Cristo, de modo análogo a como el Concilio Vaticano II lo ha entendido de María, miembro ejemplar de toda la Iglesia. Cfr. LG 58. 61-63.

<sup>21</sup> *Redemptionis Donum*, Exhortación apostólica de Juan Pablo II sobre la consagración a la luz de la Redención, n 7-8.

<sup>22</sup> Dejando fuera la discusión referida al sacerdocio ministerial, me refiero aquí al sacerdocio bautismal que, en la vida de Teresa, alcanza una singular expresión y plenitud (cfr. *Lumen Gentium*, 10.34). Pablo VI ha hablado de María como la “Virgen oferente” que ha ofrecido a Jesús en el Templo (Lc 2,22) y en la cruz (Jn 19, 25-27), y la ha presentado como “modelo de aquel culto que consiste en hacer de la propia vida una ofrenda a Dios” (*Marialis Cultus*, 20-21); creo, personalmente, que éste es el marco teológico más apto para comprender los rasgos sacerdotales de la santa de Lisieux. Cfr. también J. Esquerda Biset, *Teología de la espiritualidad sacerdotal*, Madrid, 1976, 295.

<sup>23</sup> Cfr. MsA, 12r; 45r; MsC, 4v.

<sup>24</sup> Un estudio detallado sobre la enfermedad de Teresa durante sus últimos seis meses de su vida, basado en el acercamiento médico, psicológico, teológico y espiritual que acompañó a la edición crítica de las *Últimas conversaciones*, es el de Guy Gaucher, *La Pasión de Teresa de Lisieux*, Burgos, Monte Carmelo, 1979.

<sup>25</sup> Cfr. de Meester, op. cit., 231ss. y Lèthel, Thérèse de l'Enfant-Jésus, Docteur de l'Amour, Venasque, Editions du Carmel, 1990, 143ss.; Lèthel califica a este manuscrito como “una

el Amor era todo, que el Amor abarcaba todos los tiempos y todos los lugares... En una palabra, ¡que el Amor es eterno!... Entonces, en el exceso de mi alegría delirante, exclamé: ¡Oh, Jesús, amor mío... por fin, he hallado mi *vocación*, mi *vocación* es el amor!... (MsB, 3v). Mientras el cuadro exterior es el avance de la tuberculosis como pasión del cuerpo, y su correspondencia interior es la prueba de la fe como pasión el alma, Teresa “reposa”, misteriosamente, en el corazón de la Iglesia que es para ella un ámbito “materno”.<sup>26</sup>

Pero, ¿qué significa esta *vocación*?, ¿por qué Teresa quiere ser el amor? Ha comprendido cada vez mejor a lo largo de su vida que Dios le ofrece su Amor en su Hijo: “me habéis amado hasta darme vuestro único Hijo para que fuese mi Salvador y mi Esposo” (Pri 6, 3-4); Jesús es “su” Amor<sup>27</sup> y este don provoca en ella una sed infinita de amor, unos deseos inmensos, y el impulso de responder de la misma manera como ella es amada:

“Sé que el amor sólo con amor se paga. Por eso, he buscado, he hallado el modo de desahogar mi corazón devolviéndote amor por amor”. (MsB, 4v)

También ha comprendido que el corazón de la Iglesia arde de amor para poner en movimiento a todos los miembros, para que los apóstoles anuncien el Evangelio y para que los mártires derramen su sangre (MsB, 3v). Desde este lugar, vivificará y obrará en todos los miembros. “Amar a Jesús y hacerle amar:<sup>28</sup> son los dos aspectos de un único deseo: que también ellos puedan ser amados por Jesús y amarlo.

Esta acción del amor, que alcanza a todos los miembros del cuerpo, es entendida por Edith Stein como “la entrega de los grandes amantes a Dios, que es el Amor mismo”. Para ella, quienes han alcanzado la entrega del amor incondicional a Dios, están en el estadio más alto de la vida de oración, constituyen verdaderamente el corazón de la Iglesia y en cada una de ellas vive el amor sacerdotal de Jesús; la actividad del amor

---

de las joyas más bellas de la literatura cristiana”, 154. Y Journet destaca, desde la ecle-siología, que en esta reflexión de 1Cor 13 se encuentra la más alta inteligencia de la re-velación paulina sobre el cuerpo de la Iglesia y que debe ser gritada al mundo para que no se olvide que la caridad de Cristo es un componente esencial de la Iglesia, su alma cre-ada. Cfr. *Théologie de l'Eglise*, Paris, Desclée de Brouwer, 1987, 306-307, 195.

<sup>26</sup> Teresa ha desarrollado una profunda percepción de la presencia materna, en sus escri-tos testimonia gozar de la maternidad de María y de la Iglesia, y pide ser adoptada como hija por los habitantes del cielo (MsB, 4r); esta triple filiación, sin contar la que correspon-de al Padre maternal, es expresión clara de su concepción del mundo espiritual, una ver-dadera trama de relaciones paterno-filiales y comunionales.

<sup>27</sup> Cfr. MsB, 2v; 3v; 4v; 5v; mientras en el MsA sobresale el nombre “pequeño Jesús”, en el MsB se concentran distintos nombres alusivos al amor: “Jesús, mi Amor” (en las citas indicadas), “Jesús, mi Bien-Amado” (MsB, 2r); “¡mi Jesús, te amo!” (MsB, 4v),

<sup>28</sup> Pri 6,1; L 187; 201 y 202.

es la oración de la Iglesia.<sup>29</sup> Una mirada a la oración de Teresa, en dos de sus expresiones más típicas, *el Acto de Ofrenda al Amor misericordioso y la oración sacerdotal de Jesús* que pronuncia “como esposa del Cantar”<sup>30</sup>, explican mejor cómo comprende y realiza su misión. Su forma de ser el amor coincide con la forma de su oración: recibir y ofrecer el amor de Cristo, es decir, dejarse encontrar en su pequeñez por el amor misericordioso de Dios y pedir “prestado” el amor de Cristo para ofrecerse al Padre. Habiéndose hecho como el niño del Evangelio (Mt 18,3), el amor sólo puede consistir en dejarse amar y dejarse ofrecer al Amor<sup>31</sup>.

La oración sacerdotal en el corazón de la Iglesia

“Siento en mí la *vocación* de SACERDOTE... me atrevo a apropiarme las palabras que dirigisteis al Padre celestial en la última noche... la noche del amor...” (MsB, 2v; C.34r; PN 17,1)

Es evidente que Teresa reconoce la forma de su oración en la oración sacerdotal de Jesús, su último manuscrito testimonia que éstas son las palabras que ella quisiera pronunciar, como Jesús, en su “última noche”, es decir, cuando haya llegado la hora de su muerte (MsC, 34r). Existen, sin duda, motivos externos e interiores que la conducen a tal identificación; será preciso distinguirlos para una mejor comprensión de su espíritu y un reconocimiento más fiel de su singularidad.

La espiritualidad de su tiempo, de fuerte inspiración beruliana<sup>32</sup>, no es conocida directamente en sus fuentes por Teresa, pero forma parte del ambiente cotidiano que ella respira. En su época, se acostumbra practicar el acto de ofrenda a la Justicia para calmar el dolor del Corazón de Jesús y atraer sobre sí los castigos reservados a los culpables; pero este tipo de ofrenda no va con el “caminito” teresiano: ella se considera a sí misma lejos de una ofrenda tan grande y generosa; además, reconoce haber recibido la misericordia infinita de Dios que le permite ver su justicia revestida de amor (MsA, 84r). Su originalidad es fruto, no tanto de una reacción frente a las ofrendas a la justicia, sino del fuerte influjo que ejerce en ella su descubrimiento de la misericordia<sup>33</sup>; desde esta

<sup>29</sup> Edith Stein, “La oración de la Iglesia”, en *Los caminos del silencio interior*, Buenos Aires, Bonum, 1991, 82.

<sup>30</sup> Comentario combinado sobre los pasajes de Jn 17 y Ct 1,3, en el que hace suyas las palabras de la esposa: “Atráeme, correremos”.

<sup>31</sup> Con total exactitud ha expresado de Meester este intercambio de amor: para Jesús, ser amado es amar; para Teresa, amar es dejarse amar, cfr. op. cit., 214.

<sup>32</sup> El Cardenal Bèrulle (1575-1629), fundador del Oratorio e impulsor del Carmelo en Francia, influye de modo decisivo en la espiritualidad francesa. Su doctrina de la “adherencia” enseña la unión a Dios y la apropiación de Él mediante el ofrecimiento a la acción de Dios en el alma. El Verbo encarnado, contemplado preferentemente en su cualidad de Sacerdote, es el perfecto religioso y adorador del Padre y, como ta, el ejemplo de adoración de los cristianos; la devoción a Él, imitación más perfecta del Hijo y se expresa en el acto de ofrecer a Dios Padre los méritos del sacrificio de su Hijo.

<sup>33</sup> de Meester, op. cit., 215.

nueva perspectiva, identifica la ofrenda a la justicia como una práctica de la “ley del temor” y reconoce en su inspiración el advenimiento de la “ley del amor” (MsB, 3v).

Por otra parte, Teresa reconoce los rasgos de su propia pasión en los de la Virgen, por quien se deja enseñar y a quien aspira seguir (PN 54, 20.6). La poesía que Teresa le escribe pocos meses antes de su muerte habla con elocuencia, en especial sobre la noche de la fe: “...seas tú el ejemplo vivo del alma que le busca a oscuras, en la noche de la fe...” (PN 54, 16). Una vez más, Teresa se descubre en María como la pequeña, la que recorre el “camino común”; puesto que en la vida de Nazareth no ha habido “Ni éxtasis, ni raptos, ni milagros”, muchos pequeños podrán seguirla (PN, 54, 18). Una última imagen de esta poesía confirma la visión sacerdotal que la santa tiene de su propia entrega: “Te me apareces, Virgen... de pie junto a la cruz, igual que un sacerdote en el altar ofreciendo a tu bienamado Jesús...” (PN 54, 25); Teresa la llama, entonces, “Reina de los mártires” (54, 25.12) en alusión a la sangre de su corazón materno, aspecto que no puede separarse de la comprensión de su propio martirio.<sup>34</sup>

“Ofrecerse a Jesús”<sup>35</sup>, acto habitual de su piedad, alcanza su expresión más radical y su forma definitiva el 9 de junio de 1895; en adelante, será repetida “a cada latido de su corazón” (Pri 6,22-23). En esta fecha, durante la misa de la fiesta de la Trinidad, tiene una intuición fundamental: “cuánto desea Jesús ser amado”<sup>36</sup>, es decir, ¡cuánto desea amar! Si existe una “tesis doctoral” de Teresa, tiene expresión en la siguiente formulación hecha a Dios Padre: “...si encontraseis almas que se ofrecieran como víctimas de holocausto a vuestro amor, las consumirías rápidamente. Creo que os sentirías dichoso de no veros obligado a reprimir las oleadas de infinita ternura que hay en vos...”; como demostración de esta tesis, presenta lo acontecido en su vida: ofrecida de este modo a Dios, ha sido inundada por “océanos de gracia” (MsA, 84r). Este es el camino que Teresa abre y pide para los más pequeños: “¡te suplico que escojas una legión de pequeñas víctimas dignas de tu AMOR!...” (MsB, 5v).

“Jesús se complace en enseñarme el único camino que conduce a esta divina hoguera. Este camino es el *abandono* del niño que se duerme sin miedo en los brazos de su padre (MsB, 1r)

<sup>34</sup> Cfr. nota 22 sobre la dimensión sacerdotal; sobre el “martirio del corazón” de la Virgen nos ha hablado la tradición en San Bernardo, cfr. *Sermón en el domingo infraoctava de la Asunción*, 14-15, en *Opera omnia*, Edición cisterciense, 5 (1968) 273-274.

<sup>35</sup> Cfr. MsA, 64r; 76v; 79v.

<sup>36</sup> Se trata de la inspiración de “ofrecerse al amor misericordioso de Dios”; el 11 de junio, arrodillada con sor Genoveva ante la Virgen de la Sonrisa, pronuncia la oración que ha compuesto y que ha sometido a revisión por sus autoridades.

La inspiración de ofrecerse a la misericordia de Dios anuda perfectamente con su “caminito”<sup>37</sup>: ella se encuentra “con las manos vacías”, sin poder medir ni llenar el abismo de amor que creció con ella (MsC, 35r); espera que Dios sea su santidad (Pri 6,2), y se lanza a los brazos de Jesús, el “ascensor” que ha de elevarla<sup>38</sup>. Entre sus deseos infinitos y su impotencia sólo existe una solución: “apropiarse” del amor infinito del Amado. Como esposa, primero pedirá que Cristo “tome posesión” de su alma (Pri 6,8); luego, retomando la oración de su profesión (Pri 2), pide recibir “la posesión eterna de Jesús mismo” (Pri 6,16). A partir de aquí, se esclarea la ley del “todo lo mío es tuyo” (MsC, 34v) que con frecuencia emplea Teresa: “¡mi corazón es tuyo!... ¡tu corazón es mío!...” (PN 24,8.20), y también los méritos y las palabras.

El *Acto de ofrenda al Amor Misericordioso* es de una riqueza inagotable<sup>39</sup>, sólo es posible referir aquí algunos de sus aspectos más característicos; en primer lugar, su profunda vinculación a la Iglesia y su particular experiencia de la comunión de los santos. El hecho de “ofrecer los méritos de los santos del cielo y de la tierra” (Pri 6,5), no es la simple repetición de una fórmula; en ella se manifiesta una conciencia clara del intercambio de bienes entre Iglesia celeste, terrena y purgante (MsB, 4v), “conciencia vivida” en su modo íntimo de relación con los santos<sup>40</sup>. La ofrenda de Teresa reposa y espera en “las acciones de todos los santos”; unos meses antes de morir, pide una “invocación a todos los santos” y agrega “...todos son pequeños parientes míos allá arriba” (DE 13.7.10); a la vez, son éstas las acciones que ella misma quiere realizar (MsB, 3r).

Su experiencia de Jesús es, sin duda, el centro vital de su corazón. Dos nombres lo expresan preferentemente en esta ocasión: “Esposo” y “Amado”, pero Teresa tiene un modo único de contemplar a Jesús y es su Santa Faz. Su importancia es visible en sus poesías (PN 20; 31) y en sus oraciones (Pri 12; 16), en las casullas y estampas que pinta con este motivo, en el afecto que guarda hacia las imágenes que la representaban; no sin razón, afirma Petitot que la Santa Faz “era el espejo en que Teresa contemplaba el alma y el corazón de su Amado” y “el libro de meditación,

<sup>37</sup> Es importante destacar aquí la inseparabilidad del “caminito” y del *Acto de ofrenda*: sin el “caminito”, la confianza, Teresa no sería capaz de realizar su entrega total; y, sin el *Acto* no habría evolución posible de su “pequeña vía”. Sobre esta unidad fundamental, afirma de Meester que el *Acto* inaugura una donación íntima a Dios, una marcha acelerada en la “vía de la infancia espiritual”, cfr. op. cit., 222.

<sup>38</sup> MsC, X, 3r. Con este nuevo simbolismo, el del “ascensor”, explicará una vez más su “caminito” que elige la confianza en la Misericordia antes que el progreso por las propias fuerzas.

<sup>39</sup> Pienso que esta oración contiene la síntesis de la existencia teológica de Teresa y que, desde él, podrían ser desarrollados todos sus rasgos esenciales; tiene la virtud de mostrar la compenetración del “caminito” y la ofrenda personal de Teresa.

<sup>40</sup> Mencionemos solamente su afinidad con Santa Inés y Cecilia, Juana de Arco, Teófilo Vénard...; sobre Santa Cecilia nos relata: “sentí una verdadera ternura de amiga... Se convirtió en mi santa predilecta, en mi confidente íntima...”, cfr. MsA, 61v.

de dónde aprendió la ciencia del amor”<sup>41</sup>. En el *Acto de Ofrenda*, Teresa ofrece los méritos de Cristo al Padre y pide ser mirada sólo a través de la Faz de Jesús y en su corazón abrazado de Amor (Pri 6,4); esta súplica merece ser considerada. En el rostro de Jesús contempla su belleza y su ternura, a menudo tematiza en sus escritos sobre la mirada amorosa del Amado o sobre sus ojos “bajos y apagados”, sólo en él está “su patria y su cielo”; entonces, se comprende que no admita la mediación de otra mirada. En este breve detalle el amor a Jesús se reviste de un toque femenino particular; parece indudable la superioridad y la posición privilegiada de la mujer para vivir y expresar la virginidad esponsal y la comunión con Jesús, Teresa da muestra acabada en este sentido: “Vivir de amor es imitar, Jesús, la hazaña de María cuando baño de lágrimas y perfumes preciosos tus divinos y fatigados pies...” (PN 17, 12)<sup>42</sup>.

La segunda parte de la súplica, “en su corazón abrazado de Amor”, se refiere también a una forma del mirar divino: “que vuestra mirada divina purifique en seguida mi alma, consumiendo todas mis imperfecciones, como el fuego, que todo lo transforma en sí...” (Pri 6, 11). El símbolo del fuego es utilizado con frecuencia por Teresa en un doble sentido: el de purificación del pecado<sup>43</sup> (PN 17,6; 30,4) y el de oblación o muerte de amor (PN 17,14.15; 45,7). El tema de la purificación y preparación ocupa un lugar importante en la oración, en su doble referencia a la ofrenda y al momento de su muerte; Teresa quiere “ser preparada” (Pri 6, 16) y que esto acontece en el acto mismo de su ofrenda, por el fuego que la consume hasta hacerla mártir de amor.

Por último, el ofrecimiento de Teresa como “víctima de holocausto al amor misericordioso” (Pri 6, 17-18), centro de la oración. En esta acción Teresa reconoce su vocación de mártir (MsB, 3r), su deseo de sufrir por amor y de morir de amor asumen aquí un carácter testimonial definitivo<sup>44</sup>; no menos presente está su vocación de guerrero, de la que ha sabido recibir sugerencia, entre otros, en el martirio de Juana de Arco y Teófilo Vénard. Por mediación del amor de Cristo, que ha pedido “prestado”, es transformada en mediadora y testigo del Amor: asociada a la

<sup>41</sup> Petitot, *Sainte Thérèse de Lisieux, Une renaissance spirituel*, Paris, 1925, 76.

<sup>42</sup> Cfr. Lèthel, op. cit., 121; PN 3; 26.

<sup>43</sup> No puedo entrar aquí en el complejo tema de la conciencia de pecado de Teresa y su “participación en la mesa de los pecadores”, basten dos observaciones. La sentencia de su confesor, el P. Pichon: “En presencia de Dios, de la Santísima Virgen y de todos los santos, declaro que nunca habéis cometido ni un sólo pecado mortal” (MsA, 70r) ha tenido consecuencias negativas en este punto; aunque Teresa de cuenta algunas veces entre los pecadores, se aplica a sí misma la difícil fórmula “redimida de antemano de sus pecados” (LT 130; y, cuatro años más tarde, en MsA, 38v-39r). Por otra parte, es cierto que el tema central para Teresa es el amor misericordioso y no el pecado, el fin del manuscrito A es muy ilustrativo en este sentido: “ese amor misericordioso me renueva a cada instante, purifica mi alma y no deja en ella huella alguna de pecado... el fuego del amor es más santificante que el del purgatorio.” (MsA, 84r-84v).

<sup>44</sup> Journet interpreta esta disposición a sufrir y a morir con Cristo como un fruto de la gracia bautismal y eucarística, op. cit., 215.

muerte redentora de Cristo y, dejándose consumir en el fuego de su Amor, quiere “combatir”, hasta dar su sangre, por salvar almas (RP 1; PN 50; 47). Su acción del amor, ejercida de modo eminente en la oración, posibilita su vocación de apóstol (MsB, 3r); por eso, la Iglesia, la ha reconocido como “Patrona de las Misiones”<sup>45</sup>, mientras ella sigue repitiendo como “esposa de los cantares” el “Atráeme, correremos” para que, en ella, sean atraídas las almas y para atraer la mirada de Dios sobre ellas (MsC, 34r-35v).

### Palabras finales

La existencia teológica de Teresa es un mensaje que alcanza a los hombres de todos los tiempos y de todas las culturas. Mensaje particularmente rico para la mujer que, en esta hora más que en otras, se encuentra desafiada a redescubrir y realizar su identidad. Su palabra también se dirige a América Latina, tierra de cruz y de bendición, simultáneamente: para la América humillada que con frecuencia padece sin ser vista, canta la misericordia y la consolación de Dios, desde la noche de su fe y la agonía de su enfermedad. Para los pueblos crucificados que se debaten, muchas veces, en el límite de las fuerzas y de las esperanzas humanas, pronuncia la confianza firme y ofrece el sacrificio. Para una Iglesia que hace camino con los pobres, despliega la fuerza del guerrero, confirma la eficacia del martirio, y testimonia la ternura de Dios ante el pequeño.

Teresa ha tenido sólo un móvil en su vida: “¡La ciencia del amor! ¡Ah, sí!... ¡Esta es la única ciencia que deseo! (MsB, 1r) y ha buscado, con la ayuda de la Escritura, “conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento...” (Ef 3,19). Creo que, dejándose amar, se dejó conocer por Cristo (Gál 4,9), y así lo ha conocido; como Lèthel, creo que este conocimiento de Cristo la hace teóloga de modo eminente<sup>46</sup> y le permite realizar su vocación de doctora en el corazón de la Iglesia. Que su testimonio de niña evangélica renueve nuestra esperanza en el Dios que cuida a los pequeños. Y que su intercesión de mujer mediadora nos anime a mantener encendido el fuego del Amor, y a quemar en él todo aquello que demora la venida del Reino.

<sup>45</sup> Para este tema ver de la Serna, Una vocación misionera: *Teresita de Lisieux*, Buenos Aires, Paulinas, 1984; un valioso trabajo crítico y de alcance pastoral a la vez.

<sup>46</sup> *Connaitre l'amour du Christ qui surpasse toute connaissance. La théologie des saints*, Editions du Carmel, 1989, 3.